

Tan lejos como pueda

Lfabic

*Tan lejos como pueda...*



# Capítulo 1

## PROLOGO

Y aquí estoy. Justo en este punto. Hasta acá llegué...

Sin comas ni puntos apartes, sino con los puntos sucesivos que, espero, den tiempo a respirar y descubrir dónde es que estoy, como fue que llegué y, si quedase tiempo, imaginar por donde seguiré yendo.

¿Por dónde empezar? ¿Desde mi hoy mirando hacia atrás, tratando de acomodarme en mi recuerdo más lejano, para comenzar a recordarme hasta reconocirme en esta que hoy creo ser?

¿Cuál es la imagen más lejana que tengo de mí misma?

¿Quién es realmente la de la imagen? ¿La que hoy soy o la que era? ¿Soy la misma o fui mutando en varias yo que, quizá, aún ni siquiera conozco?

¿Son esos recuerdos reales, o simplemente la novela que necesité armar para aceptarme?

## Capítulo 2

### MI NIÑEZ (Descubriendo el mundo)

Mi primer recuerdo de mi misma me encuentra aferrada a la almohada escuchando como alguien intenta abrir la ventana del cuarto en la colonia de vacaciones del Correo en Huerta Grande. Aún resuenan en mis oídos esos gritos impostados reclamando que me entregasen, mientras mis padres, haciendo gala de una destreza actoral que en realidad no tenían, gritaban que no era necesario, que ya no iba a llorar más.

Ni los pediatras, ni las curanderas, ni los remedios caseros, ni las entrevistas con psicólogos lograron lo que la puesta en escena pergeñada por mis padres y mi tío postizo hizo posible. Esa fue la última noche que lloré desde las 12:00 AM hasta las 4:00 AM como, sin ningún motivo aparente, lo hice durante los primeros cuatro años de mi vida.

¿Sera que quizá intentaba gastar todas las lágrimas que tenía adjudicadas en el libro de mi vida, para de allí en mas, solo quedarme con las risas? ¿Sera que quizá ese egoísta deseo de mis padres de poder dormir en las noches, me condeno a conservar el llanto suficiente como para aun hoy, tener resto?

No es sencillo ser padres, pero eso no lo supe hasta muchos años después.

.....

Dicen las leyendas familiares que era una nena buena, dócil, educada, inteligente y sociable. Cuando lo escucho, no puedo evitar preguntarme si realmente era así, porque en ese caso, debo averiguar cuando fue que dejé de serlo.

De hecho, creo que fue ese día en que decidí demostrar que no estaba dispuesta a someterme a las extorsiones a la que pretendió arrastrarme mi mama para que yo desayunara.

Si hubiese ella sabido las consecuencias de tal intento, quizá no lo habría intentado. Todavía la recuerdo, a mis 4 años, diciendo mientras le daba a mi hermana su mamadera sosteniéndola en sus brazos: cuando ella termine, nos vamos a hablar por teléfono, si vos no terminaste, te quedas.

En este punto, es importante aclarar que vivíamos en un barrio del conurbano, donde el teléfono público más cercano quedaba a 8 cuadras,

dentro de la única galería comercial, frente a la estación del tren.

Ir a hablar por teléfono era más que poder comunicarse con alguien. Era salir de paseo. Era recorrer las calles arboladas, hasta llegar a la galería y mirar sus vidrieras (que no eran ni por asomo las de un shopping... la peluquería del barrio, la casa de pastas, la lanera, el bazar y la que luego se convertiría en mi local favorito: la casa de canje de revistas usadas).

¿Y ella, mi madre, pretendía no solo privarme de todo eso, sino que encima, pretendía hacerlo en compañía de ese bebé que había venido a destronarme y que con estoica tolerancia yo evitaba poner en evidencia?

Si la hubiese conocido un poco más, seguramente no habría tomado en serio sus palabras, pero en esos tiempos aún era crédula y confiada, por lo que apenas traspuso la puerta, supe que era momento de dejar asentadas las reglas de la casa.

Nada quedó en su sitio, ni los tarros de la cocina, ni la comida a medio preparar para la cena, ni mi ropa hecha un amoroso revoltijo sobre la harina, los huevos y todo aquello que había tirado en el piso de la cocina, a excepción de la pírex donde la ensalada esperaba ser condimentada. Es que yo sabía que esa fuente era objeto de devoción, su precio impedía que, en caso de romperse, pudiese ser reemplazada.

Cuando mi madre reapareció, después de hacer tiempo durante no más de 15 minutos en la vereda esperando a que yo terminara mi desayuno, volvió a sorprenderme. Ni un grito, ni una paliza, ni siquiera una reacción. Solo el silencio de quien está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no dar rienda suelta a sus impulsos más bestiales, originales, constitutivos.

Fue extraño vivir durante la semana siguiente en casa de una tía. Dicen también las leyendas familiares que fue el tiempo que le llevo a mi mamá darse cuenta que había podido controlar sus impulsos y que mi vida no corría riesgo. Dicen también, que fue la paciente contención de mi papá quien ayudó a que lo lograra. Aunque eso no impidió que nuevamente los pediatras, los psicólogos y las maestras del jardín intentaran encontrar la respuesta para explicar por qué, una nena tan linda, tan inteligente, tan sumisa y educada podría haber causado tanto destrozo en tan poco tiempo.

Cada tanto, me reconozco en ese mismo sentimiento de rebeldía, de no medir consecuencias, de sentir que necesito demostrar que no estoy dispuesta a encajar, aunque cada vez con menos frecuencia.

Después de todo, fue una buena decisión de mi mamá intentar someterme a sus deseos. Me permitió descubrir a mi corta edad, que era posible

rebelarse, aunque tuviese un costo.

.....

Como toda hija de una judía, no solo también lo soy, sino que llevo la culpa en la sangre. Esa culpa que estoy convencida es genética. Esa culpa que me conforma y me identifica. Esa culpa que pase lo que pase, siempre me obliga a tratar de demostrarme que no fui responsable, aunque pocas veces lo logre.

Pero no todo es tan malo con mi culpa, porque también me enseñó a manejar la de los otros. Aunque no tanto como quisiera, al menos con mis hijos. Eso también debe ser mi culpa, porque son hijos de un matrimonio mixto. Evidentemente, la carga genética de culpa sería distinta si su padre hubiese sido judío también.

Pero volviendo a mi culpa y dejando de lado las culpas ajenas (que son pocas, porque casi siempre es mía), creo recordar que fue alrededor de mis 8 años cuando me descubrí sintiéndola y de alguna manera, intentando aprender a hacerla sentir. Fue una tarde como muchas otras cuando mi madre, cansada de intentar que mi hermana y yo tuviésemos el cuarto ordenado, decidió (una vez más) extorsionarme. Pero esta vez fue más astuta: en lugar de amenazar con castigos, con contarle a mi papá cuando llegara del trabajo, en lugar de entrar como un huracán al dormitorio y amontonar todo lo que no estaba en su lugar sobre mi cama, simplemente anuncio que se iría de casa, que ya no podía vivir en tanto desorden. Y que no lo lamentaba por mi hermana y yo, quienes en última instancia éramos las responsables de empujarla a tal decisión, sino por mi papa, ese amante esposo y padre que seguramente iba a sufrir con esa partida.

¡Aplausos!! ¡Fervorosos aplausos para la Reina del manejo de la culpa ajena! ¡Estrepitosos vítores para la mejor profesora de "cómo manejar la culpa en el otro"!

Por supuesto que me desesperaba pensar en no volver a ver a mi mamá, pero tampoco estaba dispuesta a ordenar ni mucho menos a comprometerme a hacerlo por el resto de los días que la vida nos deparara conviviendo. Pero la culpa por saber cuánto sufriría mi papá con esta decisión me destruía.

La solución fue casi impulsiva: mientras ella aguardaba la llegada de mi padre para notificarlo de las novedades, procedí a esconder decenas de cartas cortas entre los pliegues de su cartera, en los bolsillos de su tapado, dentro de su Libreta Cívica, entre sus pulóveres, diciendo quien era yo, quien era ella, para que cuando su futura/potencial/posible nueva familia las encontraran, supieran que nosotros existíamos, que habíamos sido abandonados y que estábamos sufriendo por culpa de esa aparente

amorosa madre y esposa.

Mi mamá nunca se fue y yo nunca alcance a recuperar todas mis cartas.

Quizá su culpa (también genética), o el buen manejo que hice de la misma, hizo que las guardara para recordar que no debía volver a amenazarnos con el abandono.

En lo que a mí respecta, comencé a ordenar cuando dejé de soportar el desorden que generaban mis hijos, porque aun cuando intenté amenazarlos con irme, rápidamente descubrí que no tenían ninguna intención de comenzar a escribir cartas.

Seguramente también eso es mi culpa.

.....

No puedo imaginarme en singular. Mi infancia está inevitablemente atada a mis padres y a mi hermana. No había suceso, situación, momento, que no estuviese embebido de su presencia constante, con todo lo bueno y con todo lo nefasto que esto puede significar.

Aprendí por mandato explícito e implícito que no había ni motivo, ni deseo, ni individualidad que justificara que cualquier acción que ejecutase no fuese colectiva, no los incluyese, aunque mas no fuese por haberla anunciado (o solicitado autorización) previamente.

Así aprendí a anunciar cada vez que iba al baño (costumbre que hoy en día me cuesta abandonar). Se me hizo carne el informar cuales serían mis actividades del día, me convencí sin darme cuenta de que tener secretos propios de la privacidad eran una forma de deslealtad, de defraudar la confianza de la que había sido depositaria. Y por sobre todo, aprendí a pedirme permiso (y muchas veces, no concedérmelo) para hacer todo aquello que, (benditos mandatos maternos) pueda ser calificado de "mal visto".

Solo mi culpa y yo, sabemos lo difícil que fue sortear la angustia que me provocaba descubrirme no diciendo todo lo que hacía, lo que pensaba, lo que sentía.

.....

Cada vez me convengo más de que hay personas que están predestinadas las unas a las otras. Mis padres fueron unos de los que tuvieron la enorme suerte de encontrarse y reconocerse. Y a partir de ese momento, fueron lo suficientemente tenaces como para amalgamar sus historias, sus carencias, sus deseos e ilusiones y pelear contra todo aquello que

pretendiera minar su decisión de ser felices.

Y no fueron pocas las batallas. De algunas salieron airoso, de otras magullados. Pero siempre enteros y convencidos de que la única opción era seguir batallando.

Papa con su primario completo, su historia de provinciano hijo de inmigrantes turcos y familia numerosa, que se vino a la Capital para gambetearle a su historia de trabajo desde los 8 años, la intención de eternizarlo en su destino de agachar el lomo.

No fue fácil. Aprendí a admirar su tenacidad, su inteligencia, su voluntad y su capacidad de sonreír cuando solo cabían las lágrimas. Como pensarme sin reconocer cuanto me marco su forma de mirar la vida, su convencimiento de que el esfuerzo siempre tendría recompensa, que la vida da revancha solo en la medida que le peleemos la partida.

Mama con su secundario abandonado para buscar dar vuelta la taca que le permitiese salir de la pieza del conventillo donde vivía con sus padres y su hermana. Con su equipaje ligero de afectos, de abrazos, de infancia disfrutada.

Tampoco le fue fácil. Me costó entender por qué siempre veía la mitad vacía del vaso, me enojaba que siempre todo fuese tamizado por la presunción de lo negativo, pero me maravillaba ver como a pesar de ella misma, aun convencida de que sería inútil, de que no serviría de nada, de que no tenía sentido, no se daba por vencida y seguía adelante.

Hoy miro hacia atrás y ya no están. Y es duro reconocer que me quedé sin back up, sin esas manos que, aun cuando me negaba a que lo hicieran, siempre estaban prontas para atajarme en mis caídas.

Pero también, cuando miro atrás, veo el camino recorrido y cada una de las enseñanzas que plantaron en mi espíritu y florecieron en mi conciencia de quien soy.

.....

Y en ese reducto exclusivo de 4 vértices que era mi familia, mi hermana era uno de ellos... Los recuerdos me remontan a ese deshábille de encaje rosa de mi mamá que mágicamente se convertía en mi mas increíble vestido de princesa y a ese portamacetas de hierro que sin lugar a dudas se parecía a una corona, aunque fuese difícil sostener su peso sin que se ladeara o cayese.

Por ser la mayor, no había necesidad de aclarar que me correspondía a mi el reparto de roles en todo juego que compartiéramos... y si el deshábille y

la corona eran mios, la casaca y la espada del príncipe, eran de ella.

Nuestro cuarto se convertia en un palacio algo extraño... las sabanas que colgaban de la araña nos envolvían como cortinas en los grandes salones... las camas y mesas de luz, los escollos a superar para que la bella princesa pudiera ser rescatada por el valiente príncipe. Horas y horas inventando diálogos, situaciones, gestos y desenlaces que, invariablemente, finalizaban con la frase (y no el hecho): y se dieron un beso.

Luego llegaron los silencios de la adolescencia, mezclados con algunas confidencias a media noche, que fueron forjando una relación con altibajos, con diferentes miradas y decisiones, pero con las certezas que da el afecto incondicional y permanente.

.....

No sé de donde surge esta necesidad de bucear en mi misma, buscando un pasado que no sé si quiere ser recordado para entender un presente que quizá tampoco pueda ser explicado por lo ya vivido. La constante lucha interna que por un lado me arenga para recuperar aún aquello que no sabía haber perdido y por el otro, me inventa motivos para correrme del camino por desandar.

¿Que busco? ¿Por qué lo busco? Cuando lo encuentre, ¿me daré cuenta de que era lo que buscaba? ¿O me descubriré dando vueltas en redondo reviviendo sensaciones que quizá nunca tuve o que por algún motivo más que justificado, mi consiente prefirió sepultar?

De la misma forma que seguramente mi mamá debe haber querido sepultarme cuando me encontró revisando las compras del supermercado y preguntando que eran esos paquetes de "toallas femeninas", rellenas de algodón, pero que no parecían servir para curar heridas ni colocar en las puntas de los zapatos para relleno.

A mis once años, era imposible que no me llamaran la atención. Ese paquete color rosa, con dibujos de mariposas que estaba sospechosamente escondido debajo de todo el resto de las compras. ¿Qué era eso que se buscaba ocultar de mi vista? ¿Por qué se buscaba esconderlo? ¿Qué podía ser tan importante o secreto como para que mi mamá tratase de impedir que yo lo conociera o supiera?

En el efímero instante de lucha entre mi curiosidad y mi instinto de conservación, la certeza de que mi mamá no tendría secretos conmigo fue más fuerte y sin dudar, abrí el paquete y con esa brutalidad de quien se asume con todos los derechos adquiridos y por adquirir, enarbolando uno de esos apósitos que extrañamente tenían una tela suave y larga a cada

extremo, pregunté que era.

Todavía me cuesta entender lo que paso. Aun no puedo armar totalmente el rompecabezas de imágenes que acuden a mi memoria cuando recuerdo ese momento. Mi mamá arrebatándome el paquete y el apósito como si fuesen una vasija que contenía una cepa de malaria y deslizándose hacia la puerta del baño como quien quiere correr para arrojar lejos un explosivo. Mi mamá saliendo del baño con la expresión de haber controlado la situación y respondiendo ante la reiteración de mi pregunta: "después te explico".

Bendita prerrogativa la de la curiosidad infantil que hace que uno no se deje vencer por los obstáculos que el mundo pretende ponerle. Esa decisión no voluntaria de perseguir ideales y buscar respuestas que calmen la sed de entender y saber.

Intente caminos adyacentes, para eso una tenía una prima 9 meses mayor a quien consultar. Pero fue inútil. La única información que logré recabar era que se utilizaban para la mesuración. Y por más que lo intenté, no logre aunar la definición del diccionario con el uso de las toallas higiénicas femeninas.

Por eso como un perro que persigue a su presa, meses más tarde insistí con mi pregunta. Ya había descubierto que por algún motivo que desconocía, mi mamá no quería hablar en mi casa. Así que, respetando su deseo, opté por esperar un momento de intimidad, el cual claramente se mostró ante mí, ese día en que estábamos en el tren camino a mi turno de ortodoncia.

Allí descubrí que no solo no quería hablar en casa, tampoco quería hacerlo en el tren, pero viéndose presionada por mi ansiedad contenida de meses, opto por responder. Y allí supe que las mujeres usábamos sangre para hacer bebes y si no teníamos bebes en la panza, una vez por mes y de alguna forma, eliminábamos esa sangre que no usábamos. Y que las toallas servían para que no se nos manche la bombacha.

Lo bueno fue que también supe que no se llamaba mesuración, sino menstruación, por lo que pude no solo corregir a mi prima que se hacia la sabionda, sino empezar a investigar en cuanto libro pude el por qué, el cómo y de qué forma era que menstruábamos. Porque como hacer que no se manchara la bombacha, suponía que ya lo sabía.

Mirándolo a la distancia, quiero pensar que la real justificación de mi mamá no era su escasa educación sexual que le dificultaba poder explicarme mucho, sino su fuerte convicción de que de esta manera estimulaba mi gusto por la investigación y el conocimiento.

iEn épocas pre googleanas, esto no era poca cosa!

---

## Capítulo 3

### MI ADOLESCENCIA (El mundo me descubre)

Mi miro en el espejo y me encuentro con mi propia imagen entrando en la adolescencia. Esa flaca esmirriada, cuya única protuberancia era su bajo vientre. El mismo que me arrojó a los 10 años a la inamovible decisión de no usar nunca más un bikini. ¿Por qué no podía tener un vientre chato? ¿Por qué no podía inventarse algún tipo de masaje que reacomodara las grasas, de forma de poder ir empujándolas desde mi vientre hasta mi pecho, hasta acumularlas en el espacio que se suponía reservado a mis senos?

Acudo a aquellas viejas fotos atesoradas en tantos álbumes por mi mamá. Sí, no hay traición de mi memoria. No hay un oculto deseo de menoscabarme. Las pruebas están a la vista, ordenadas por fecha y evento. No hay ninguna duda. Hice mi entrada a la adolescencia absolutamente despojada.

Ni siquiera acné tuve.

Pero todo comenzó a cambiar a mis 14 años y un mes. Cuando ya creía que había perdido el turno en el reparto de seducción y atributos que pudieran generar atracción en el sexo opuesto, de repente, el gran acontecimiento.

Súbitamente, cuando de alguna manera ya no quedaba esperanza, cuando el silencio en algunas charlas de recreo era mi único recurso, sucedió.

Todavía recuerdo la sensación de esa emoción incontrolable, esa certeza de saber que a partir de ese momento todo tenía que ser distinto, que ahora sí el mundo se inclinaría ante mí. Que solo era necesario que pudiese verbalizarlo. Que dijese las palabras mágicas. Y lo hice. En la penumbra de la media tarde, casi susurrando para que no se escuche, le dije a mi mamá: soy señorita.

Su reacción no se hizo esperar. Me miró con una mezcla de pánico y ternura, fue hacia el baño, abrió la puerta de la alacena que estaba sobre el inodoro, revolvió con una destreza admirable detrás de la pila de toallas bien ordenadas, saco un paquete de esos apósitos de algodón y tela suave y me lo dio.

Ahí descubrí que mi presunción de años atrás, era equivocada. Fue interesante leer las instrucciones para saber cómo colocarlos para que no

se manchase la bombacha.

Ahora yo también pertenecía al selecto grupo de quienes conocían donde se escondía el Modess y tenía derecho a usarlo.

Casi como por arte de magia, también aparecieron mis senos. Y esa niña que se parecía a su mamá, con su piel blanca, sus pecas, sus ojos verdes, sorprendió a todos desarrollando los senos de sus tías paternas. Creo que durante años mi mamá envidio que yo tuviese dos talles de corpiño más que ella.

Mi alegría no tenía límites. De repente mis pechos llamaban más la atención que mi vientre. En la época que no existía el push up, no lo necesitaba.

Lástima que entre un padre turco y una madre que se había ocupado de convencerme de que no solo hay que ser sino también parecer, me fue muy difícil poder disfrutar de las ventajas que mi delantera me ofrecía.

.....

¡Cómo olvidar el primer beso! Esa sensación espantosa de no entender que sucedía, que es lo que pretendía, que era lo que debía hacer.

En mi mente, mientras miraba con los ojos desmesuradamente abiertos el cielo que se mostraba llamativamente celeste sobre mí, lo único que resonaban eran las palabras de mi amigo: vos hace lo mismo que hace él... ¡Y yo que no entendía que era lo que estaba haciendo!

Pasado ese primer desencuentro con el romance y con la mente ocupada en dirimir batalla entre las hormonas y la culpa, mi corazón que andaba sin supervisión conoció al que fue mi primer amor...

Y ese corazón, confiado en todos aquellos textos que como buena lectora había devorado hasta altas horas de la madrugada, creyó sin dudar que el Príncipe Azul existía y que jamás, pero jamás de los jamases, desteñía

Y así fue como esta Julieta junto a su Romeo inició, cada mediodía a la salida del colegio, caminatas tomados de la mano hasta llegar a la parada del colectivo. Eso sí, siempre y cuando no existiese la posibilidad de que la viese algún vecino y fuese con el cuento a su casa...

Esas fueron las épocas en las cuales mi culpa se empeñó hacerme desistir de mi decisión de no decir lo que hacía y de no hacer lo que decía, pero mis hormonas hicieron su trabajo y solo le dejaron ganar algunas batallas.

¡Cómo olvidar el segundo beso!! Ese que borro por completo la inquietud y desazón del primero. ¡Ese que me demostró que todas las historias de Corín Tellado, los poemas de Alfonsina, Sor Juana, Bécquer y las películas de Gary Grant no mentían, ¡que yo también era la protagonista de una de esas historias de amor perfectas!

Hasta que utilicé las mismas frases dulces e ingenuas de mis amadas historias para justificar por qué no estaba dispuesta, a mis 15 años, a dar mi "prueba de amor" ...

Me costó entender como ese príncipe azul perfecto, amable, cariñoso y por, sobre todo, absolutamente enamorado y rendido a mis pies, se convirtió en un espantoso espectro de color grisáceo desparejo, con un discurso confuso que por una parte intentaba hacerme desistir de mi idea, por la otra me secaba las lágrimas ante su inminente despedida y casi en forma simultánea, me decía "no sos vos, soy yo".

Eso sí, fue muy oportuno el hit del momento, "La chica del adiós" ... canción que me permitió martirizarme durante algunos meses hasta que otro príncipe azul surgió...

.....

Como dice el dicho, un clavo saca a otro clavo y no habiendo pasado mucho tiempo, mi corazón volvió a enredarse con los hilos del amor.

Pronto supe que el precio a pagar por haberle entregado mi corazón a uno de los "chicos lindos" del pueblo, sería aprender a compartir a mi príncipe con todas aquellas con las que él quisiera compartirse...

No tardé mucho en descubrir cuantas cosas estaba dispuesta a soportar una adolescente enamorada, criada poco menos que con las Máximas del Gral. San Martín a su hija Merceditas, con tal de retener a su nuevo amor.

Y así fue como, por ejemplo, ejercité como soportar y menguar el sufrimiento de la infidelidad con la frase "estará con otras, pero la novia soy yo".

Porque no importaba cuando doliese ni cuanto costara cruzarse con "las otras" ... lo que importaba era que mi virginidad y mi reputación estaban a salvo.

Por supuesto que no fue fácil. Hubo que estar en mis zapatos para mediar en la pelea entre mi virginidad y mi orgullo. ¡Una cosa era seguir negándome a dar la prueba de amor y otra, tolerar día a día cruzarme con todas y cada una de las que no tenían reparos en andar demostrando no

sé si su amor, pero sin ninguna duda, su capacidad de amar y disfrutar!

Los años pasaron y finalmente las hormonas pudieron mas... Fue duro descubrir que aun prueba de amor mediante, había príncipes que necesitaban reafirmar su ego teniendo un harén... Como dolió sentir que la confianza se había quebrado, que toda mi entrega no había sido valorada, que tanto enfrentarme a mi culpa y escuchar a mis hormonas, no tenía ningún valor para ese príncipe devenido en rana.

Pero tampoco sería fácil decir basta. ¿Acaso existiría algún otro príncipe que aceptara que una ya había andado dando pruebas con anterioridad? ¿O debía resignarme a la decepción eterna, pero con novio?

En perspectiva, fueron épocas de practicar la sumisión con el reclamo, mientras ideaba estrategias para dejar de ser oruga y convertirme en mariposa.

Y luego de tanto idear, pensar y pergeñar, la vida me demostró que había un camino más corto.

Fue cuando descubrí que la venganza era un plato que se comía frio...

.....

El calor de enero se complementaba con las canciones de Sui Generis y Banana cantadas en la playa de Mar de Ajo con esos amigos con los que nos reencontrábamos todos los veranos.

Pero ese año era distinto, o no, pero fue diferente. Y la diferencia la hizo ese proyecto que nunca llego a príncipe, pero que me regalo la experiencia de descubrir que todavía podía elegir, que no estaba condenada a ser la oruga eterna.

Aun hoy, tantos años después, sigo sintiendo el placer de esos besos que me hicieron dar cuenta de que era capaz de patear todos los tableros y que, por sobre todas las cosas, me regalaron la posibilidad de mirar a mi príncipe-rana a los ojos y decirle: "te fui infiel, fíjate que quieres hacer", para escucharlo decir "no quiero perderte"!

Y fue en ese exacto momento, en que me di cuenta de que ya me había perdido. Porque supe que cuando busque y acepte otros besos, no le había sido infiel a él, sino que me lo había sido a mí misma durante todos los años que había aceptado compartir sus besos.....



## Capítulo 4

MI PRIMERA JUVENTUD (El primer real y gran desencanto de amor)

Con casi 20 años, liberada del "príncipe -rana" y habiendo descubierto que existía la categoría "proyecto de príncipe", mi mayor preocupación comenzó a ser si alguna vez podría conocer al "Príncipe Azul" y cumplir con los mandatos de la época: casarme y ser madre.

El hecho de estar finalizando mi carrera universitaria y tener un trabajo que me permitía solventar mis propios gastos, indudablemente no me eximía de atender a los preceptos no explícitos comunes a la mayoría de mis amigas y conocidas.

Aunque el recuerdo de mi desliz veraniego, me hacía pensar que quizá no fuese tan malo demorar el cumplimiento de ese designio y disfrutar un poco de los "proyectos de príncipes" que prolongasen un tiempo mi soltería.

Pero la vida una vez más puso a prueba mis convicciones, deseos y proyectos... Y apareció él. Y una vez más, sucumbí a la certeza de que el príncipe azul que no iba a desteñir, existía.

Fue mucho más que una relación efímera en mi vida. Dejó huellas y sentimientos que ni siquiera los años y los afectos que surgieron luego hicieron desaparecer. Fue una relación tan extraña que no supe que también había sido importante para él, hasta después de su muerte

Alejada del príncipe-rana, me aferré a él como si fuese mi balsa salvadora. Poco a poco (o no tanto), descubrí que era mucho más que esa supuesta última oportunidad. Pero jamás se lo dije. Supuse que si se lo decía, lo presionaría; y él no estaba en condiciones de soportar presiones. Estaba demasiado ocupado usándome como balsa salvadora, como para poder ver lo que me sucedía a mí. Era un príncipe azul egoísta. Porque pese a mi silencio, él sabía.

Y así fueron pasando los cortos 6 meses que compartimos, yo tratando de lograr que aprendiese a quererme y él contándome cuan atribulado estaba por no estar seguro de si me quería. Hasta que un día decidió que ya estaba seguro: no me quería y decidió que ya se sentía lo suficientemente fuerte como para sufrir sin apoyarse en la balsa.

Dejó huellas en la memoria de mis sentidos que nunca me animaría a decir en voz alta. Yo pude vivir sin él, porque sabía que en algún lugar

estaba. Simplemente aprendí a no verlo, pero nunca a no quererlo.

*"Me alcanzaba con saber  
que en algún sitio,  
en algún tiempo  
en algún silencio  
en algún dolor  
en algún recuerdo,  
vos también sabías que yo estaba  
Y ahora que tu muerte todo desdibuja,  
ni vos, ni yo, ni nada...  
quedan solas las preguntas  
me negaste las respuestas,  
me ensordecen los silencios,  
en el claustro de tu ausencia"*

Fue difícil aceptar que era el Príncipe que no iba a desteñir, pero que su zapato no era el que cabía en mi pie. Pero mucho más dolió enterarme muchos, muchos años después, que hubo un momento en el que descubrió que de alguna forma, me quería.

Y que eligió no decirme.

Y que no supe adivinarlo.

Y que habían pasado los años suficientes como para que ya no creyésemos en cuentos de hadas y el sueño de lo que hubiese sido, se convirtiera en el dolor de lo que nunca pudo ser.

Tanto fue así, que su muerte aun duele. Pero ese es otro capítulo....

*"Buscó la guía de teléfonos, preguntándose a sí misma si estaba segura de lo que hacía. Sin esperar su propia respuesta, discó el número que aparecía impreso."*

- *Hola, mi nombre es Mariana, no sé si me recordas...*

- *Sí. Perfectamente. ¿Cómo estás?*

- *Bien. Ayer tuve la necesidad de llamar a tu hermano y tu mamá me conto que fallecio, y por eso me atrevo a llamarte. No me animé a llamar nuevamente a tu mamá, pero necesito saber dónde está sepultado.*

- *Sí, me contó que llamaste. Me duele mucho que te hayas enterado así. Sé cuánto lo querías y cuanto te quería él a vos.*

*No pudo responder, el silencio se adueñó de sus palabras. ¿Él la quería?*

- *Hablaba mucho de vos. En los últimos tiempos, te nombraba constantemente...*

- *No sabía. Nunca me lo dijo. Siempre pensé que había sido algo unilateral.*

*Nuevamente el llanto quebró su voz. Nuevamente esa angustia incontrolable la dejaba fuera de sí misma. Entonces... ¿Cuál era realmente la historia? ¿Qué era lo que en verdad había vivido? ¿Qué palabras no dijeron, cuáles dijeron y no entendieron?*

*Era como leer una novela de amor barata. El típico amor perdido que nunca se olvida, los típicos desencuentros amorosos culpa de los típicos malos entendidos o falsos temores. ¿Acaso su imaginación era tan potente como para estar inventando esta farsa y que ella no lo notara?*

- *Él me llamo casi un año antes de morir, después de casi 12 años de no hablarnos, pero no me dijo nada. Yo luego lo llamé, pero estuvo tan frío y cortante, que pensé que no le interesaba hablar conmigo.*

- *Cuando te llamó, sabía cuál era su futuro. Te sintió tan bien y feliz, vos le contaste que hacía muy poco habías tenido tu cuarto hijo, que no quiso involucrarte. Prefirió callarse.*

- *¿Dónde está? Necesito despedirme. No me dio esa oportunidad.*

*La conversación siguió por largo rato, pero no consiguió calmar su angustia. Lo único que pudo recordar de todo lo dicho, fue que él la recordaba, que a pesar del tiempo, del silencio, de los años sin saber el uno del otro, él también de una u otra manera, la siguió queriendo como ella lo hizo."*

.....

*Quiero despedirme.*

*Quiero decirte ese adiós que me quedó en el cuerpo y en el alma.*

*Quiero poder alejarme de vos con un recuerdo, con una imagen para retener en mi memoria.*

*Quiero recordarte en un momento definido, con palabras que te dibujen en mi memoria, con un gesto que te identifique, con la certeza de saber que no quedaron ni preguntas ni silencios.*

*Quiero despedirte formalmente, alejarme de vos con una frase, darte un beso en la mejilla, decirte que tal vez volvamos a encontrarnos.*

*Quiero saber que te estoy dejando, que me estás dejando, que nos estamos despidiendo.*

*Necesito ese instante en el cual nuestras miradas, nuestras almas, nuestras manos, nuestros recuerdos, nuestros cuerpos, sepan que es el último que compartiremos.*

*Quiero decirte adiós con palabras que escuches, quiero que sientas el dolor que no contengo, quiero derramar en tu presencia las lágrimas que por vos tengo.*

*Quiero despedirme mirándote a los ojos, viendo tus ojos contemplarme, saber que sabés de mi dolor por tu partida, y sabiendo del tuyo por dejarme.*

*Quiero escuchar el sonido de mis palabras diciéndote que voy a extrañarte, y escuchar el silencio de las tuyas, sin tener que contestarme.*

*Quiero tenerte aquí adelante, verte, mirarte, tocarte.*

*Quiero una despedida en la que pueda abrazarte para siempre.*

*¿Dónde te encuentro para hacerlo?*

*¿En qué cuerpo, en qué mirada, en qué silencio, en qué habitación, en qué parque, en qué recuerdo?*

*Solo conservo de vos, lo que quedó en mí. Ni cartas, ni regalos, ni pañuelos, ni libros, ni siquiera tu perfume. Solo tu presencia eterna, tus secretos, tu ausencia.*

*Necesito encontrar un lugar donde reencontrarte, donde poder recrear mis recuerdos, poder sentir en un objeto, que estás, aunque sea por un*

*instante, de regreso.*

*No tengo espacios comunes, no tengo lugares compartidos, necesito tener entre mis manos, algo más que un recuerdo frágil y borroso que los años desdibujan.*

*Nunca nos dijimos adiós, nunca tuvimos ni el valor ni las ganas de decirlo, siempre supimos que aún a pesar de nuestras palabras, siempre existiría un nuevo encuentro.*

*Pero hoy, cuando ni las palabras, ni los supuestos nos contienen con la esperanza de saber que pronto nos hallaremos, necesito despedirte para poder seguir viviendo.*

*Quiero decirte adiós, más allá del dolor que cause.*

*Quiero decirte adiós, sabiendo que nunca vas a alejarte.*

*Quiero decirte adiós, para que sepas que nunca voy a dejarte.*

*Quiero recuperarte aunque al menos un instante, para decirte, y que me digas, que fue realmente lo importante.*

*Quiero esa última charla compartida, ese último café sin sobresaltos, esa última lágrima rodando en nuestras mejillas, ese último abrazo traspasando nuestra piel.*

*Quiero verte mientras te hablo.*

*Quiero hablarte sabiendo que me escuchás.*

*Quiero oír tu voz diciendo que te vas.*

*Quiero darte un abrazo sintiendo tu cuerpo en mis brazos.*

*Quiero consolar tu dolor en tu presencia.*

*Quiero contener tus miedos diciéndote los míos.*

*Quiero escuchar tu voz desde tu boca.*

*Quiero sentir tu mano en la mía.*

*Quiero que me veas mientras lloro.*

*Quiero que este adiós sea compartido por tu cuerpo y el mío.*

*Por tus palabras y las mías.*

*Por tu llanto y el mío.*

*Por tus miedos y los míos.*

*Quiero decirte adiós y que lo sepas.*

*Quiero que me digas adiós y oírlo.*

*No puedo despedirte en ausencia, no puedo resignarme a no escuchar tu respuesta, quiero la oportunidad que no tuve, de poder decirte que en realidad no te ibas.*

*Debe existir la manera, tiene que haber un modo.*

*Quiero que aunque sea por un instante, fugaz, efímero y eterno, vuelvas a estar vivo, respirando, escuchando, sintiendo, recibiendo, dando, llorando, sonriendo, agrediendo, consolando...*

*Quiero tenerte vivo, para poder aceptar que estás muerto.*

.....

## Capítulo 5

### MI SEGUNDA JUVENTUD (Parte I - Sí, quiero)

Nuevamente arrojada a las fauces de la vida y debatiéndome entre el debo y el quiero, tropecé con quien indudablemente mejor encajaba en el espacio en blanco del rompecabezas de mi vida ideal.

Me conquistó con su educación y don de gente, su innegable decisión de cuidarme y protegerme, de brindarme todo lo que, a su mejor saber y entender, yo necesitaba. Y yo, subyugada por ese príncipe que me ofrecía un reino eterno de amor, estabilidad, seguridad, confianza y libre de sobresalto, me dejé arropar sin dudar.

Quizá debí sospechar que lo que mi príncipe suponía que yo necesitaba, no era exactamente todo lo que yo necesitaba cuando a 12 meses de estar de novios y planteándonos fecha de casamiento, propuse aguardar 6 meses más para poder finalizar mi carrera universitaria sin sumar más responsabilidades que las que ya tenía y la respuesta fue:

"Nos casamos ahora o no nos casamos".

Pero no, no lo sospeche y nos casamos al mes siguiente.

Fue todo muy sencillo. Mi futuro esposo llegó tarde al Registro Civil, por lo que la Jueza de Paz ya no tenía muchas ganas de extender allí su permanencia, así que luego de recordarme que debía respetar y seguir a mi esposo y luego de indicarle a él que debíamos estar juntos en la salud y la enfermedad y que debía ser el sostén familiar, nos preguntó si queríamos casarnos... Y como correspondía a esa altura de las circunstancias, dijimos que sí.

No hubo ceremonia religiosa. Esta judía se casó con un católico creyente y medianamente practicante, así que solo habría una fiesta sencilla, mayoritariamente concurrida por la familia... Es importante aclarar que mi papá tenía 11 hermanos, por lo que solamente entre tías, tíos, primos y primas, la capacidad del modesto restaurant que alquilamos para la recepción, estaba casi completa.

Estaba en mi casa preparándome para ir, poniéndome el vestido de broderi blanco que intentaba asemejarse lo más posible al vestido de novia de mis sueños, cuando mi madre me miró con cara de evidente enamoramiento y me dijo "no sé si lo merecés, pero te queda hermoso"

¡Qué capacidad la de mi mamá para decir las palabras justas en el momento indicado! Solo atiné a decir "te vas a quedar con la duda". Realmente no creí que fuese ese el momento para contarle a mi mamá que yo ya no era virgen.

.....

En muchos momentos pensé que cuando dije "Sí, quiero", en realidad no sabía lo que estaba diciendo...

Con el tiempo me di cuenta que tal vez los que no sabían lo que significaba ese "Sí, quiero", eran los otros...

*"La rutina arroja silencios y desencuentros, que se van colando por las rendijas de la alegría, desmoronando esperanzas.*

*Sueños deslucidos van tejiendo telarañas en las risas que se opacan y silencian.*

*¿Dónde la ternura y las ilusiones?*

*La marea triste sube y baja dando embates a las ganas de atravesar los muros. Arrulla desesperanza el tic tac del reloj que indiferente prosigue su cuenta temporal.*

*Se enlentece en el cuerpo el peso de las emociones y se coagulan los recuerdos en las pupilas estáticas.*

*¿Dónde el color y los aromas? ¿Dónde los susurros y estremecimientos?*

*Acobardados tras los grises, se agolpan los abrazos vacíos y vencidos, soñando el sueño eterno y aletargado de las ausencias.*

*Pasos inciertos y sin rumbo.*

*¿Qué cambia cuando nada cambia?*

*Cambia el brillo y la luz. Cambian los colores y las fragancias.*

*Cuando nada cambia, todo está cambiado."*

.....



## Capítulo 6

MI SEGUNDA JUVENTUD (Parte II – Delicias de la vida conyugal)

Fueron años felices, no voy a negarlo. Llegaron lo mejor que me dio la vida y que nunca podré agradecer en la suficiente medida: mis 4 hijos.

También llegó la casa, el auto, las vacaciones y de a poco y sin que me diera cuenta, se fueron yendo los sueños, la profesión, la adrenalina y las mariposas en la panza.

*"Realmente era hermoso vivir en una casa tan grande, sobre todo si uno se acordaba de lo difícil que resultaba en los últimos tiempos la vida en el departamento de tres ambientes. Lograr dar el paso que les permitió mudarse a una casa, había sido costoso, pero lograr el espacio para los chicos, bien había valido el sacrificio.*

*Estaba terminando de recoger los últimos juguetes que habían quedado esparcidos por el piso de la galería, cuando recordó que aún quedaba arreglar su cuarto.*

*Verificó que Alejandro aún continuaba custodiado por el televisor, y subió la escalera que la llevaba no al cielo, sino a su dormitorio. Decidió que no cambiaría las sábanas, por lo que solo estiró las cobijas, acomodó las almohadas, recogió el pijama de su marido que estaba primorosamente tirado a los pies del colchón y colocó la colcha impecable sobre la cama. Ya estaba bien.*

*Puso a calentar agua para prepararse un café. Mientras abría el tarro del azúcar, recordó que la pila de ropa para planchar ya estaba superando el tiempo que solía dedicarle, pero se dijo a sí misma: - hoy no tengo ganas...*

*Fue hacia el comedor, y se sentó junto a la taza de café y a su hijo menor. Abrigaba la esperanza de encontrar en el cable algún noticiero que la pusiese al tanto de lo que ocurría en el mundo, que salvo que ella no se hubiese enterado, aún existía.*

*Alejandro se encargó de asesinar sus esperanzas.*

*- Eso no. Yo ero oto.*

*Volvió a sintonizar el canal de dibujos y comenzó a pasear por la casa. Entró a la habitación de los varones y comenzó a levantar la ropa que estaba tirada a los pies de las camas. Juntó todos los juguetes que halló*

*desparramados. Cuando regresen del colegio, tendrán que ordenar todo, pensó.*

*Salió del dormitorio, mientras terminaba de tomar el café. En el de las chicas las cosas no estuvieron mejor. Todo, absolutamente todo lo que uno pudiese imaginar, estaba delicadamente apoyado sobre el piso, la silla, el escritorio, la caja de los juguetes.*

*La envolvió un sentimiento de rabia y desesperación, dudó entre la posibilidad de tirarles todo a la basura o arrojarlo al medio de la calle. Optó por serenarse, y dejar todo como estaba para cuando volviesen del colegio.*

*Miró el reloj y pensó que aún tenía media hora antes de ir a buscar a Yael al colegio. Por suerte, el año próximo ya tendría el mismo horario de sus hermanos. Esta situación de esperar durante 55 minutos la salida de Maria y Javier, tratando de entretener a Yael y Alejandro era lo más duro de la jornada. Aprovechó esa media hora guardando los platos que había lavado y acomodando todo lo que en el apuro los chicos habían dejado suelto en el comedor. Guardó los peines, acomodó las sillas, limpió la mesa y llevó a los cuartos los libritos de pintar y los crayones que estaban sobre los sillones.*

*Alzó a Alejandro y salió nuevamente a la calle. El viento frío le hizo recordar que no le había puesto el gorro, y se volvió a buscarlo.*

*Tomó a Alejandro en brazos y a Yael de la mano, y caminaron hasta el bar que había a dos cuadras de allí. Apenas entraron, sintió lo cálido del ambiente. Algunas mesas estaban ocupadas por grupos pequeños que conversaban cordialmente. En el aire flotaba un aroma a café y hamburguesa que le hizo recordar que no había almorzado.*

*- Una coca con dos vasos, por favor.*

*- Alejandro, quédate quieto que te vas a caer de la silla.*

*- Quiero más coca.*

*- Se acabó.*

*- Ero pis.*

*- Quiero más coca.*

*- Vamos al baño*

*Finalmente, llegó la hora. Pagó con la alegría de saber que ya pronto estaría en su casa, les puso las camperas nuevamente y salió con*

*Alejandro a upa y con Yael de la mano.*

*- ¡Alejandro, quedate quieto que me vas a hacer caer!*

*-No, no te puedo bajar, ahora salen los chicos y te llevan por delante.*

*- ¡Hola!*

*- ¿Cómo te fue?*

*- Bien. ¿Puedo invitar a alguien?*

*- No. Tu pieza es un desastre.*

*- Ufa. Siempre lo mismo.*

*- ¡Hola mí!*

*- Hola. ¿Cómo te fue?*

*- Maso. ¿Puede venir alguien a casa?*

*- Nooo!. Tu pieza también es un desastre. Ahora vámonos que no doy más. Tengo la espalda destruida de estar con Alejandro a upa.*

*- Se quedó dormido.*

*Entraron a la casa en tropel. Le sacó la campera y los zapatos y lo acostó con delicadeza. Desde la cocina llegaban los ecos de sus voces.*

*- Dame la leche, yo empecé a preparármela primero.*

*- No, yo la agarré antes.*

*- Mamá, no me quieren calentar la leche.*

*- ¡Vas a volcar todo!*

*- ¡Se acabaron las galletitas!*

*- ¿Podemos comer copos?*

*Con la profunda alegría de saber que eran sus hijos y que, pese a todo, estaba contenta de que así fuese, se levantó con pesadez y fue hacia el campo de batalla.*

*Mientras lavaba nuevamente, comenzó a pensar en la cena. ¿Milanesas con puré? ¿Bifes con ensalada? ¿Comida hecha? Recordó que estaba a*

*fin de mes, y decidió sacar las milanesas del freezer. Habría que hacerle un monumento al inventor del puré instantáneo.*

*Volvió a prepararse un café y atacó el tarro de las galletitas. Nada, ni siquiera los trozos aquellos que ninguno quiere comer. Totalmente vacío. Con alegría descubrió que aún quedaba pan del día anterior. Nada mejor que un buen pan con manteca y azúcar, pensó.*

*Se sentó a la mesa del comedor con su café y su pan con manteca, a esperar con tranquilidad que llegara su esposo y comenzara el noticiero.*

*Aún tenía su café por la mitad, cuando la puerta de entrada se cerró, indicando que él había llegado. Con un poco de suerte, el día cambiaría, alguien compartiría con ella todo lo que sucediese de allí en más.*

*- ¡Hola chicos!*

*Y mirándola buscando refugio y consuelo:*

*- Estoy muerto. Hoy fue un día de aquellos. Preparame un té, por favor, que me quiero tirar un rato.*

*Y sintiendo que el mundo se abre bajo sus pies, se levanta, da el último sorbo a su taza de café, y vuelve a poner el agua al fuego. Es innegable la realidad, el día aún no termina...*

.....

*"Finalmente resolvió que el sábado por la tarde lo dedicaría a lavar toda la ropa que se había acumulado a lo largo de la semana, incluidos los delantales de los chicos. La mañana la tenía ocupada yendo a la Universidad a dictar las únicas horas de clase que había conservado. En los ratos libres, comenzaría a preparar las paredes de las habitaciones de los chicos para poder pintarlas el fin de semana siguiente*

*El domingo dormiría hasta cuando ella tuviese ganas, prepararía asado en la parrilla del patio, y por la tarde, al regreso del parque, bañarían con su marido a los chicos, les darían de cenar y plancharía la ropa que ya no cabía en la pila*

*El sábado amaneció nublado. Por un momento tuvo el deseo profundo de no ir a dar clases, pero pensó que no era correcto y se levantó a desgano. Preparó su café y entró al baño presurosa. Se lavó los dientes, se pasó una crema nutritiva por el rostro, pues al menos una vez por semana debía preocuparse por su piel, revisó su portafolios para confirmar que no olvidaba nada, preparó las monedas para el colectivo, y salió.*

*A su regreso y apenas atravesó la puerta, la recibió un coro de voces infantiles y no tanto...*

- ¡Hola mami!*
- Yael no quiso comer.*
- Alejandro se cayó de la silla de la cocina.*
- Llamó el abuelo Carlos, habló con papi.*
- ¡Maria y Javier!, dije que levanten la mesa.*

*Caminó hasta el comedor, dejó el portafolios sobre la mesa y se sacó el tapado.*

*Siguió hasta la cocina y besó a su marido que lavaba los platos mientras se quejaba de la poca colaboración recibida por parte de los chicos. Sin prestar atención al reclamo, y pensando que ella entendía perfectamente de lo que le hablaban, recorrió con la mirada la mesa y la cocina buscando algún resto de comida reservado para ella.*

- En la heladera tenés una hamburguesa. Podés calentarla*

*Imaginando el increíble sabor que debería poseer una hamburguesa recalentada, optó por prepararse un café. Buscó en la alacena un paquete de galletitas de agua, y se preparó un sandwich con mayonesa, queso y jamón.*

*Se sentó a almorzar, mientras sus hijos la rodeaban comentando las actividades que habían desarrollado durante su ausencia*

- Fuimos con Yael a la fonoaudióloga.*
- Alejandro se hizo pis en la plaza.*
- Javier no le hizo caso a papá y está castigado.*
- Me llamó papá hoy a la mañana, dijo su esposo*
- Ya me dijeron los chicos. ¿Pasaba algo?*
- Nos invitó a comer mañana al mediodía y si el día está bueno, a la tarde quiere llevar a los chicos al barco.*

*Nuevamente esa desagradable sensación de sentir que el mundo se abre bajo sus pies. Adiós a dormir hasta cualquier hora, al asado en el patio, a*

*descansar sin horarios, adiós.*

*- No hay problema, después hablamos, dijo con la mejor voz que pudo.*

*Se puso el pulóver más viejo que tenía, las calzas grises de 5 inviernos atrás, calzó sus zapatillas, y bajó con una energía que ya no recordaba tener. Llenó el lavarropas, y mentalmente calculó que debería repetir dos veces más la misma operación, a juzgar por lo que aún quedaba en el tacho.*

*Aprovechó que estaba allí y comenzó a barrer las hojas de los árboles que el viento del día anterior había arrojado por sobre toda la superficie del lugar. En realidad, le gustaba hacerlo, si no fuese porque debía interrumpir constantemente para recoger los juguetes que se mezclaban entre la hojarasca.*

*Entró restregándose las manos. Hacía frío. Mientras subía por la escalera, pensó que hacía rato que no escuchaba a su esposo. Solo necesitó subir algunos escalones más para descubrir el porqué de la ausencia. Estaba durmiendo una merecida siesta. Él también había tenido un día agotador.*

*Trató de recordar lo que había en la heladera y en el freezer, la hora de comenzar a preparar la cena estaba llegando... Luego de no mucho pensarlo, decidió preparar fideos. Puso la olla al fuego, sacó del freezer los fideos y de la alacena una lata de salsa spaghetti.*

*Mientras, su marido bañaba a los chicos, aliviándola del sufrimiento que esta ceremonia le producía, preparo la cena. Por suerte, sólo tendría que levantar las toallas del piso, enjuagar los restos de jabón que quedaban en la bañera y en la cerámica, secar el piso y juntar la ropa sucia que había quedado tirada sobre el bidet y el inodoro.*

*Pero no se quejaba, peor era lavarle la cabeza a Alejandro mientras se retorció y gritaba dentro del agua para demostrar su descontento, convencer a Maria que dejase algo de shampoó para sus hermanos, insistirle a Yael para que no bañe a su muñeca de tela junto a ella y negarse terminantemente a que Javier haga buceo en el agua atiborrada de jabón. El que su esposo se hiciera cargo de bañar a los chicos, era algo que nunca terminaría de agradecer...*

*Una vez que los chicos fueron obligados a acostarse o al menos a no salir de sus habitaciones, fue hasta el patio y recogió la ropa que estaba colgada. Agregó las prendas que estaban en la pila para planchar y colocó todo sobre el sillón del comedor.*

*Si todo salía bien, en dos horas terminaba con todo. Prendió el televisor,*

*buscó una película en castellano y comenzó a planchar.*

*Trató de no navegar por sus pensamientos, estaba demasiado cansada como para pensar acerca de sí misma. Si bien era una de sus actividades preferidas, en esta oportunidad prefirió no preguntarse nada.*

*Terminó de planchar, apagó el televisor, besó a los chicos que estaban profundamente dormidos y se acostó”*

.....  
*“Un sonido mezcla de llanto y protesta la despertó abruptamente. Otra vez los chicos peleando, pensó. ¿Sería desmesurado pedir que alguna vez pasaran un día completo sin pelear por algún motivo?*

*- ¡Dámelo, es mío!*

*- ¡Estaba tirado así que ahora lo uso yo!*

*- ¡No, dámelo!*

*- Cállense que no me dejan escuchar la tele!*

*- No te lo doy.*

*Dio vuelta en la cama, y se dispuso a seguir durmiendo. En verdad, no quería levantarse. Acomodó la almohada en el hueco que formaba su hombro y su rostro, encogió las piernas hasta hacerse un ovillo y se tapó la cabeza con la sábana. ¿Qué hora sería? Estaba tan bien en la cama, a solas con ella misma...*

*Se levantó y caminó hacia el placard. Abrió las puertas y se quedó contemplando su interior. Un día de éstos, no iba a tener más remedio que acomodar los pulóveres, la pila ya parecía la Torre de Pisa.*

*Fue hasta la cocina y colocó la pava al fuego; miró el reloj sabiendo de antemano que no tenía mucho margen de tiempo como para desayunar tranquila. Eran las 10:30 Hs.*

*Entró al baño con la taza de café en la mano. Se miró al espejo por reflejo, en verdad, no esperaba ver nada diferente a lo que había visto la noche anterior cuando se miró por última vez. Se lavó los dientes, se peinó y buscó en el armario un delineador para los ojos. Después de todo, no había que andar mostrándose desarreglada.*

*Salió del baño sin haber probado aún el café y fue hacia el comedor. La tele estaba encendida y un grupo de muñecos vestidos con trajes espaciales y cascos se enfrentaban a un monstruo de dos cabezas que*

*parecía estar ganando. Es evidente que los dibujos infantiles ya no son lo que eran, pensó al recordar al Gato Félix y los Supersónicos. Ni siquiera el Capitán Escarlata se enfrentó jamás a esas criaturas deformes y malignas.*

*Cuando se disponía a tomar el último trago de su café, el teléfono comenzó a sonar, recordándole que fuera de su casa, el mundo también había despertado. Caminó displicentemente hasta la otra punta de la casa. ¿Cuánto hacía que le había pedido a su marido que cambiara el teléfono de lugar? No importaba, ya estaba acostumbrándose, después de todo, era un buen ejercicio caminar.*

*- ¿Cómo estás?*

*- Bien, mami. Por suerte, por acá sin ninguna novedad. ¿ustedes?*

*- Bien, también. Por acá nada nuevo. ¿los chicos?*

*- Hinchando, así que todo está bien.*

*- ¿Vas a hacer algo hoy?*

*- No creo, salvo algunas compras, nada en especial.*

*- Bueno, después hablamos.*

*- De acuerdo. Un beso.*

*El ritual del llamado matutino había sido cumplimentado. Ambas, su mamá y ella, se sentían con la serenidad que otorga el saber que ambas aún estaban vivas.*

*Caminó nuevamente hacia la cocina y volvió a mirar el reloj. Las 11:05Hs. Aún tenía un rato para pensar que iba a hacer de almuerzo. Una lucha interna se desataba en ella cada vez que llegaba ese momento. ¿Preparar un almuerzo "chatarra" y fácil, o elaborar una comida nutritiva y complicada?*

*Lo peor de todo, era que hiciera lo que hiciera, invariablemente, terminaba peleando para que comieran. Abrió la heladera y pasó revista a lo que había dentro. Huevos, manteca, queso rallado, tomate, lechuga... En el freezer, hamburguesas, papas fritas, restos del guiso de lentejas del otro día, milanesas...*

*- ¿Se están vistiendo?*

- Sí.

- Me faltan las zapatillas...

- ¿Qué me pongo?

- ¡Todavía no empezaste! ¡Todos los días la misma historia con vos! Después llega la hora de salir y estás con el delantal en la mano y sin peinar. Ponete lo mismo de ayer. Y apurate.

El teléfono volvió a sonar. ¿Y ahora, quién? Atravesó nuevamente la larga galería que separaba la cocina de la sala y atendió con desgano. Equivocado.

El microondas hizo sonar su chicharra, anunciando que ya estaba listo para recibir las hamburguesas en su interior. El reloj marcaba las 11:30 Hs. Todo estaba en orden, si nada se interponía, todo se haría en los tiempos previstos.

- ¿Qué comemos?

- Hamburguesas y brócoli.

- Hamburguesas no quiero.

- Te las vas a comer igual.

¿Cuántas veces había mantenido el mismo diálogo? En verdad, no importaba, todavía iba a mantenerlo muchas veces más.

- ¡Mamá! Vení rápido.

- ¿Qué pasa?

- Me sacó el sacapuntas que me regalaron para mi cumpleaños!

- Devolvele eso enseguida, y te dije mil veces que no le saques las cosas a tus hermanos.

- Pero yo no tengo.

- ¿Y el que yo te di la semana pasada?

- Se me perdió.

- Lo lamento. Si no cuidás tus útiles, no es culpa de los demás. Y a vos te dije que no me llames a los gritos por cualquier cosa. Cuando pase

*algo importante, voy a creer que es otra pavada y no voy a venir.*

*No sabe para qué hace la aclaración, si ya la hizo muchas veces antes y no sirvió de nada.*

*El silbido del microondas indica que la comida está lista.*

*- ¡A comer!*

*- Yo puse ayer la mesa. Hoy no me toca.*

*- Yo la pongo todos los días, así que a mí tampoco.*

*- ¡Mentira! Siempre la pongo yo...*

*- Que la ponga ella que nunca la pone...*

*- ¡Basta! ¿O yo cociné para mí sola? La ponen entre todos y ya. Y se apuran. Ya son las 12:00 Hs y se hace tarde para ir al colegio.*

*El reloj, ajeno a todo lo que lo rodeaba, seguía impertérrito su viaje hacia las horas siguientes, y el tictac irreverente le señalaba que su tiempo se consumía.*

*- ¡Vamos, apurando que hay que salir! ¿Terminaron de comer? A peinarse que salimos...*

*Tomó en brazos a su hijo menor, y lo miró con ternura. ¡Qué rápido que crecía! Parecía mentira que ya tuviese dos años. Lo llevó hasta el baño y le lavó la cara repleta de restos de brócoli y rebozador.*

*- ¡A buscar las camperas!, gritó casi con desesperación al ver que aún quedaban pendientes el peinado de Yael y de Javier. Casi al mismo tiempo, apagó el televisor, peinó a Yael, obligó a Javier a peinarse pese a su negativa, le puso la campera a Alejandro y le recordó a Maria que llevara las cosas de inglés.*

*El primer tramo del largo camino del día, ya estaba concluyendo..."*

.....

*"El reflejo de la luz contra los cristales de la ventana la despertó más temprano de lo querido por ella. Miró el reloj y con sorpresa descubrió que eran las 9:00 Hs. No quería levantarse tan temprano, si lo hacía, el día duraría más. Giró sobre sí misma y se hizo un ovillo dispuesta a seguir durmiendo. Pero en lugar de ello, comenzó a transitar por el sendero de su historia, volvió a jugar con los recuerdos de otras épocas, a revivir aquellos momentos que se escondían bajo el abrigo de la memoria.*

*Luego de dar varias vueltas en la cama, se levantó sin mucho convencimiento, fue hacia el baño y comenzó a ducharse.*

*Siempre sintió que el momento de la ducha, era uno de los más reconfortantes no solo para sus músculos que sentían el masaje del agua caliente, sino para encontrarse con sus pensamientos más profundos. Era común que, en lugar de cantar, ella se hablara a sí misma en la ducha. Esa mañana no fue una excepción. Comenzó por cuestionarse el por qué, pese a tener prácticamente todo aquello que alguna vez se había propuesto, sentía que no estaba completa*

*Tenía cuatro hijos maravillosos, un marido que la quería y una profesión que, si bien había elegido relegar por sus hijos, en algún futuro retomaría*

*Con 34 años, aún el tiempo no había hecho estragos en su cuerpo, salvo las estrías que los embarazos habían dejado en su vientre, tenía una participación activa en la educación de sus hijos, y sus opiniones dentro de su círculo de amistades solían ser tenidas en cuenta. En realidad, no sabía por qué sentía que algo faltaba...*

*¿La crisis de los 40 anticipada? Cerró la ducha, tomó la toalla y comenzó a secarse.*

*Trató de recordar cómo era, cuando no era como ahora, pero no podía."*

.....

*"Casi como un juego, casi como una apuesta jugada a su propia desorientación, comenzó a dedicar un rato de cada uno de sus días, a la tarea de escribir lo que sentía.*

*Al principio, todo fue como un torbellino de ideas y palabras que se amalgamaban sin mucho sentido sobre las hojas impresas. Poco a poco, fue pudiendo controlar la vorágine de sentimientos que se agolpaban en su desesperación por hacerse sentir.*

*- ¿Todavía estás escribiendo?*

*La pregunta la desconcentró. Estaba profundamente sumergida en el relato que iba construyendo casi sin dificultad.*

*- Sí, y me encanta lo que estoy diciendo.*

*- Me parece bárbaro que lo hagas. Después, si querés, dámelo para leer.*

*Por un rato, dejó de escribir, para volver a agradecer desde lo más íntimo de sí, el apoyo incondicional que él siempre le brindaba. Eran esas actitudes las que la hacían olvidar otras, como cuando le planteo que quería volver a trabajar algunas horas más, que la casa la estaba agobiando*

*-Me parece bien. Cuando consigas un trabajo en el que ganes lo mismo que gano yo, vos vas a trabajar y yo me quedo con los chicos."*

.....

Y como decía la canción de Vox Dei, todo termina al fin, nada puede escapar y un día me di cuenta.

Y lo dije. Hablé de mi sensación de vacío, de mi falta de proyectos, de mi soledad interior y pedí un tiempo para pensar.

Y una vez más mi príncipe supuso que yo necesitaba lo que no necesitaba y su respuesta fue:

*-No, o estamos juntos o nos divorciamos.*

*Pero esta vez sí sospeche... y nos divorciamos.*

.....

*Revolvió todos los cajones...*

*Miraba y volvía a mirar bajo la cama, pero no, tampoco estaban allí.*

*Una y otra vez repaso mentalmente sus últimos movimientos como intentando precisar en que momento podía haber sucedido.*

*Pero nada, no lograba recuperar ese instante en su memoria.*

*Dio vuelta la cartera sobre la mesa y reviso uno a uno todos los papeles, las notitas, los bolsillos...*

*Se sentó en el sillón y recorrió palmo a palmo cada rincón de la casa con su pensamiento.*

*Mas fue inútil. No hubo caso.*

*No pudo recordar donde fue que había dejado olvidados sus sueños."*

.....

*"Abrir ventanas al mundo...*

*Mundo... Ventanas... Por momentos, casi parecen utopias ambas palabras...*

*Mundo... Lugar en el que una se supone vive... En el que una no transcurre... En el que una comparte, sueña, respira, se empapa de soles y hollines, se cambia las pieles, trasmuta sus propias vivencias por las ajenas...*

*Mundo... Espacio infinito que de alguna manera se cerca y pone limites dentro de uno mismo...*

*Y las ventanas... Cuadrados recortados en esas paredes que conforman todos los mundos... los propios y los de los demas...*

*Muchas veces aseguradas tras pesados postigones atestados de candados fuertemente cerrados... tristemente oxidados... Ventanas que rara vez se abren, que rara vez permiten que el sol entre... que el aire fresco de la madrugada renueve los pensamientos viciados de silencios...*

*Por que abrir ventanas al mundo? Para que mirar el mundo desde las ventanas?*

*Yo sueño con puertas... Con puertas sin cerraduras, sin mirillas por las cuales espiar que sucede afuera, sin blindajes que impidan que se filtren las vivencias, las sensaciones, las pieles de quienes pasean por esas veredas gastadas de pasos sin rumbo...*

*Yo sueño con abrir mis propias puertas, y tambien las ajenas... Descubrir los secretos de las almas que se ocultan tras las ventanas , tras los postigones de las vidas con miedo...*

*Yo sueño con esa libertad que no me obligue a cerrar mis puertas con llave y cadenita... que me permita dejar abiertas mis ventanas para mirar el mundo...*

*Porque por las ventanas podre mirar...*

*Pero por las puertas... Podre salir...*

*Pero por las puertas... Estoy saliendo..."*

.....

Y asi, envuelta en un torbellino de sensaciones, miedos, ilusiones, rebeldía e ingenuidad, me encontré con 37 años, responsable casi absoluta de 4 hijos de 13, 11, 8 y 5 durante 24 hs por 7 dias a la semana (solo

interrumpida por una tarde semanal y un fin de semana por medio), arrojándome, por primera vez, en los brazos de la experiencia de vivir en una casa donde era la única adulta.